

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL FIN DE UN ACTO.

Horrible era la tragedia que se estaba representando en las márgenes del Sena. Medio atónita por la grandeza del infortunio, medio estremecida por lo pavoroso de la situacion, la Europa tenia allí clavados sus ojos, que no se le arrasaban de lágrimas por mas que sintiera azotado su pecho de violentos latidos. Veda el buen tono llorar en el teatro, y la política sin entrañas no deja brotar la compasion de los males ajenos. Era un espectáculo atroz al mismo tiempo que instructivo. La hez de los pueblos se habia apoderado del capitolio de la civilizacion: amantada á los pechos del espíritu moderno, nutrida con las perversas doctrinas de los que en alta voz proclaman la libertad del mal y del error, impelida por el loco empeño de rehacer la sociedad á su antojo, cual si fuese obra de las manos del hombre, se habia erigido en protagonista de un drama que mantenía en angustiosa suspension el ánimo de los espectadores. Miraban estos como corria la sangre por el escenario, sentian avivarse por momentos el interés y la zozobra, contaban una tras una las peripecias del apurado trance, y lo que mas les dolia y contrariaba era la lentitud de su desenvolvimiento. ¡Cómo si al caer el telon debieran quedar para siempre desvanecidas sus dolorosas impresiones, y tuviesen ya preparado un lecho en que gozar de largo y tranquilo sueño! Lo que

tanto anhelaban ha llegado; pero en vez de ser el fin del drama, ¿quién sabe si desgraciadamente no será mas que la terminacion de una jornada?

El poeta en la soledad de su gabinete escoge ó inventa un asunto, ordena el plan, teje el nudo y va preparando los medios para cortarlo ó deshacerlo. Cuanto mas natural y mas conmovedora es la sorpresa que produce mayor ingenio revela; pero al anunciar su obra al público no le oculta el número de partes en que la ha distribuido. Los espectadores no abandonan su asiento dudando si la representacion habrá terminado: el problema que escitaba su interés ya está resuelto. Dios empero no ha dado á conocer su misterioso programa. Cuando obliga ó permite que los pueblos sean actores de trágicos acontecimientos, deja en la obscuridad de sus inescrutables juicios el número de actos que á su drama ha señalado. Como si se complaciera en burlar los mas profundos cálculos de la prevision humana, dispone siempre de fáciles recursos para complicar el nudo, así como tiene á la mano soluciones inesperadas para eludir ó retardar la catástrofe que parecia á todas luces inminente. Su justicia y su misericordia pueden contar siempre con lo infinito de su poder y de su sabiduría. Blande en su mano la espada de Alejandro para cortar el mas intrincado nudo, ó bien deja pendientes de los hechos históricos hilos tan sutiles que apenas acierta á distinguirlos el ojo humano.

Entonces con admirable lógica se van eslabonando unos á otros, y aunque los últimos traigan su origen de los que en el transcurso del tiempo les han precedido, ninguno arroja bastante luz para determinar fijamente cuales han de ser los posteriores. Dios obra dentro del inmenso espacio de lo posible: el hombre está reducido á conjeturar dentro del estrecho círculo de lo probable. Por esto la filosofía de la historia por mas que eleve sus pretensiones nunca llegará al don de profecía.

Los insurrectos de Paris han sucumbido. La muerte, la prision ó la fuga han sido el término de las quiméricas esperanzas concebidas en el acceso de frenético delirio que invadió el *cerebro del mundo civilizado*. Antes que llegasen á plantear sus descabelladas teorías, mas no antes que llevaran á efecto sus horribles amenazas, les han desalojado de sus fuertes posiciones las tropas del gobierno constituido. En valde han luchado á la luz de mil incendios con el valor de la desesperacion, en valde han querido igualar la ferocidad de la resistencia á la ferocidad de sus criminales atentados, en valde han vendido caras sus vidas, y hecho que el mundo les comprase á caro precio una leccion que probablemente cuidará poco de aprovechar. Su bandera de color sangriento, divisa del terror y símbolo de la anarquía, no se agita ya bajo negra lluvia de cenizas en las torres de la ciudad, que tan famosa ayer por sus placeres y opulencia lo va á ser mas aun por los estragos de su desolacion y ruina. Grandioso al par que repugnante ha sido el aparato de esta escena final en que los mas horrendos crímenes han hecho imposible la clemencia del vencedor, y han ahogado en todas las entrañas el mas leve grito de compasion en favor de los vencidos. La insurreccion ha terminado; pero, ¿es este el último desenlace del sangriento drama?

Ayer Paris, con un empeño no menos insensato pero sí mas disculpable, se oponia á la entrada del ejército prusiano, que victorioso en todos los combates habia aplastado la Francia con su mano de hierro. Cercada como Jerusalem por los romanos, hacia desespera-

dos aunque inútiles esfuerzos como los últimos sucesores de los Macabeos, y como ellos arrostraba las punzantes agonías del hambre para retardar el momento inevitable de su humillacion y sonrojo. Pretendia olvidar como la ciudad de los profetas, que el númen de la victoria, ó mas bien los designios de la Providencia estaban en favor de sus enemigos. Cedió por fin, se estipularon las condiciones de la paz, cesaron los desastres de la guerra: Francia tuvo que besar la mano á su rival engreida; pero á lo menos esperaba descansar de sus abrumadoras fatigas, reparar sus estenuadas fuerzas, reponerse de sus pérdidas enormes, recobrar por de pronto la tranquilidad y el orden para volver mas adelante á su antiguo esplendor y predominio. Esperaba solazarse á los rayos del sol que aparecian tras las nubes de tan deshecha borrasca. Creia haber llegado al desenlace del sangriento drama; pero quedó pendiente un pequeño hilo y de nuevo se vió envuelta en los horrores de otro drama no menos trágico y espantoso. Aquella interrupcion no fué mas que el final de una jornada. Si las águilas de Prusia no se hubieran cernido sobre el suelo francés el rojo estandarte de la demagogia no se hubiera tremolado en los muros de Paris ni en los fuertes de sus alrededores. Así los acontecimientos son otros tantos eslabones de una cadena que solo puede romper el poder de lo alto; pero cuya formacion deben impedir en cuanto puedan la prudencia y la prevision humanas.

La insurreccion de Paris está vencida, y Mr. Thiers, hondamente lastimado al ver los escombros de su lujosa vivienda entregada al saqueo, al ver profanado el santuario de sus riquezas artísticas y literarias, al ver cobijado por la densa humareda de petróleo y convertido en pasto de las llamas el empório de la civilizacion, no ha podido menos de sentirse horrorizado de los hechos sin pensar tal vez en el horror de las doctrinas que los han producido. «El castigo, ha dicho, será implacable y despues de tan terrible descalabro jamás la demagogia volverá á levantar su cabeza.» Jamás! Y quién le ha conferido á Mr. Thiers el don de profecía? Quién le ha otorgado po-

der bastante para estorbar que las mismas causas produzcan los mismos efectos? ¡Cómo si no supiera que las cabezas de hidra se reproducían á no segarlas de un golpe y á raíz de su nacimiento! ¡Cómo si no supiera que dada una favorable coyuntura no han de faltar actores y comparsas que se comprometan á una segunda representación de la feroz Medea! Oh! Durmamos tranquilos bajo la tutelar palabra de Mr. Thiers, y siga la *Internacional* haciendo nuevos prosélitos cada día. Con tal que otra insurrección demagógica no se llame *la Commune* el jefe del poder ejecutivo habrá cumplido su promesa.

Que ha sido horrendo el estermínio, que será inexorable la cuchilla de la ley! Y qué? ¿Por ventura fusilando á los hombres se fusilan también las ideas? No, no cegueis el manantial, dejad que corran las fuentes de aguas emponzoñadas, dejad que las contemplen á su sabor los sedientos y se dejen seducir por sus cristales engañosos, dejadles que beban... y fusiladles despues porque han bebido y se han envenenado. Dejad que vivan las ideas, dejadlas circular libremente, que se prediquen, que se propaguen, que se infiltren en los cerebros de una juventud ardiente é inexperta; mas cuando se traduzcan en hechos, apelad á la razón de los cañones. Oh! sábios gobernantes de la culta Europa, y qué asombrados quedarán con vuestra ciencia los filósofos de Cafrería!

La *Internacional* ha fracasado en su primera tentativa, y bien quisiera Mr. Thiers que el mal éxito le sirviera de escarmiento y desengaño. ¿Pues acaso él, con todo su saber y sus canas, se cuenta en el número de los desengañados? ¿Dónde está la abjuración de sus antiguas doctrinas? Acérrimo defensor de la propiedad y partidario un tiempo de la monarquía, mal podia hallarse en el campo de los socialistas; pero quizás no le descontente la república si con su presidencia le brinda la Asamblea. Hijo de la revolución y encariñado con tal madre, para ella conserva aun sus respetuosos miramientos, sus ilusiones y simpatías. Pero él, que á tanta altura ha subido como historiador y estadista, ¿nada ha aprendido en la historia y en la práctica del

gobierno? Pensador profundo y orador eminente, ¿dónde está su filosofía si ignora que existe una lógica superior á la voluntad de los hombres, y que la semilla de ideas nocivas, libremente cultivada, arroja por fruto hechos graves y perturbadores? ¿No sabe que así como las riquezas avivan la codicia y los honores despiertan la ambición, el goce de libertades peligrosas escita el deseo de una libertad desenfrenada? ¿No sabe que los falsos principios engendran exageradas y monstruosas consecuencias? El liberalismo ha tomado de los escritores ascéticos la máxima de que no adelantando se retrocede, y en las sendas revolucionarias nunca falta quien corra por llevar la delantera y grite: *mas allá!* y denueste á cuantos ha dejado á sus espaldas. Y el socialismo es una etapa de este camino, y sus adeptos se jactan de poseer la fórmula hasta ahora mas espresiva del decantado progreso. No es un formal antagonismo de colores el que solo se funda en la diferencia de los matices: desde el color de rosa mas claro se va por grados al rojo mas subido. De Guizot se pasa á Thiers, de Thiers á Julio Favre, mas allá Víctor Hugo y Gambetta, mas allá Pyat y Delescluze, mas allá se dibujan entre las opacas nieblas del porvenir los informes lineamientos de figuras desconocidas. ¿Quién ha dicho á Mr. Thiers que solo en el punto que él ocupa pueden fijarse las columnas de Hércules para cerrar el campo de la verdad, de la razón y de la justicia? ¿Quién le ha dicho que en el dique de arena, que allí levante para salvar la sociedad, se estrellarán las olas embravecidas? ¿Su razón individual? Pues lo mismo ha dicho la suya á Pyat y Delescluze.

La casa de Mr. Thiers se reedificará, se levantará la columna de la plaza Vendome; pero á la sociedad, cual esta echada al suelo, ¿quién la repondrá sobre firme asiento? ¿Serán los mismos principios que la han arrancado de sus quicios seculares y la han espuesto á tan frecuentes convulsiones y trastornos?

Los vandálicos escesos, los abominables crímenes que han señalado las últimas horas de la *Commune* no tienen apologistas en ninguna escuela, todos los partidos convienen ahora en

que son execrables y los execran. Pero la execración de hoy no bastará para impedir que mañana se repitan. Han sido el escándalo del mundo, y se confía en que el horror que inspiran sus perpetradores será un eficaz preservativo de las ideas que sustentaban. Si así fuese casi casi estaríamos por exclamar *felix culpa*. Hoy reniegan de la *Commune* vencida los mismos que ayer, creyendo posible su triunfo, le manifestaban mal embozadas simpatías. Y mañana? Mañana, cuando se haya purificado la atmósfera de los fétidos miasmas del petróleo y blanqueado las paredes ennegrecidas por el humo y limpiado de escombros las calles y plazas; cuando se hayan reconstruido edificios y bazares, y abierto nuevas y lujosas tiendas, y se corra tras del placer en teatros y jardines; cuando el horror se haya amortiguado como los demás sentimientos y solo se vean en lontananza aquellas atrocidades, se empezará por decir que su relación fué exagerada; se aparentará dudar quiénes fueron sus autores, se achacarán al maquiavelismo de sus adversarios y ¿quién sabe si dirán que el arzobispo de Paris murió á manos de los clericales? Entonces las oposiciones volverán á su tema favorito gritando; reacción! y la sofistería aguzará su ingenio buscando atenuaciones y disculpas: se entonarán ditirambos en loor de los vencidos, se admirará el valor de los que quisieron sucumbir entre ruinas y se dirá que su causa era la causa de la libertad, del progreso y del patriotismo. Se recordarán *los altos ejemplos de liberalismo*, se dirá que el incendio de Paris fué una segunda edicion del patriótico incendio de Moskou, y los salvages de la civilización se verán trasformados en Numantinos. ¿Qué importaba la suerte de Paris á los cosmopolitas que intentaban la nueva redención de todo el humano linage?

Revolucionarios color de rosa, noveles adeptos de la nigromancia que os espeluznais de miedo viendo aparecer al espíritu maligno, y sin embargo proseguís vuestras evocaciones y conjuros, no vayais á dar saltos de gozo creyendo que no volverá á aparecero. Por mas que veais arrastrada por un lodazal de sangre

y cenizas la bandera roja no tengais por seguro el no verla otra vez arbolada. Mucho es de dudar que hayamos llegado al desenlace del drama. Mientras no abjureis vuestras doctrinas, con todo vuestro tino gubernamental, con toda vuestra prudencia ó vuestra energía, con todas vuestras precauciones, leyes y discursos, no hareis otra cosa que prolongar mas ó menos la duracion del intermedio.

T. AGUILÓ.

LA MORAL CATÓLICA

POR ALEJANDRO MANZONI

traducida del italiano.

CAPÍTULO III.

SOBRE LA DISTINCION ENTRE FILOSOFÍA MORAL Y TEOLOGÍA.

«No hay duda que existe una relacion íntima entre la religion y la moral, y todo hombre honrado debe reconocer que el homenaje mas digno que la criatura puede rendir á su Criador consiste en elevarse á él con sus virtudes. Sin embargo la filosofia moral es una ciencia enteramente distinta de la teología: se funda en la razon y en la conciencia y lleva en sí misma su propia convicción, y despues de haber desarrollado el entendimiento con la investigación de sus principios, satisface el corazon con el descubrimiento de lo que es verdaderamente bello, justo y conveniente. La Iglesia se apoderó de la moral como de su esclusivo dominio.....» Pág. 413.

Cuando Jesucristo dijo á los apóstoles: *Instruid todas las gentes... enseñándoles á observar todo cuanto os he mandado* (1) obligó espresamente á la Iglesia á apoderarse de la moral.

Es cierto que los hombres tienen ideas, con independencia de la religion, acerca de lo justo y lo injusto, que constituyen una ciencia moral. Pero esta ciencia es completa? Es la que debemos adoptar? Es una condicion ó una imperfeccion de la moral el ser distinta de la teología? Esta es la cuestion: enunciarla es resolverla. Pues que al fin es precisamente esta ciencia imperfecta, varia, errónea en tantas partes, y falta en todas de un fundamento irremovible, que Jesucristo pretendió reformar cuando ordenó las acciones y los motivos, cuando reguló los sentimientos, los deseos y las palabras, cuando redujo todo amor y todo odio, á principios que dió como eternos, infalibles, únicos y universales. Entonces unió la filosofia moral con la teología: debía la Iglesia separarlas?

(1) *Euntes ergo docete omnes gentes... docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis.* Matth. XXVIII, 19, 20.

De qué trata la filosofía moral? de los deberes para con Dios y los hombres, de lo honesto y de lo vicioso, de la felicidad; quiere en suma dirigir nuestra voluntad en la elección de las acciones: y acaso tiene otro objeto la moral teológica? puede tenerlo? Si buscan pues una sola verdad, si discuten los mismos principios, si los aplican á las mismas acciones, cómo han de ser dos ciencias distintas? No es verdad que si discuerdan, una ha de ser falsa? y que si dicen lo mismo son una sola ciencia? Es evidente que en las cuestiones morales no se puede prescindir del Evangelio: hay que desecharlo ó ponerlo por fundamento. No podemos dar un paso sin encontrarlo en nuestro camino: puede aparentarse que no se le vé, puede esquivarse sin chocarle de frente, pero de palabra, no de hecho.

No ignoro que esta distincion entre filosofía moral y teología es comunmente recibida, que con ella se resuelven tantas dificultades y se concilian tantos opuestos pareceres; pero este acuerdo no es tampoco una objecion. Sé tambien que otros hombres la han adoptado y hasta la han puesto por fundamento de una parte de sus sistemas. Citaré un ejemplo de una persona y un libro nada vulgares: *Como en esta obra no soy teólogo sino escritor político, tal vez haya cosas que no sean enteramente verdaderas sino en un modo humano de pensar, por no haber sido consideradas con respecto á otras verdades mas sublimes* (1). No porque sea de Montesquieu deja esta frase de estar falta de sentido. Porque si estas cosas son enteramente verdaderas en un modo humano de pensar, en cualquier otro modo de pensar serán tambien verdaderas. Esta contradiccion que se supone posible con verdades mas sublimes ó no existirá, ó si existe hará que aquellas cosas no sean enteramente verdaderas. Si tienen estas una relacion con verdades mas sublimes, es esencial examinar esta relacion, porque esta debe ser precisamente el criterio de la verdad de aquellas cosas. La ilusion que ha dado origen á esta frase, como á tantas otras, habia sido ya advertida y puesta en claro medio siglo antes por un observador profundo y sagaz del corazon humano, el gran Nicole. Examinando el valor de las palabras *humanamente hablando* de uso tan frecuente, dice: *Al oír nuestro lenguaje no parece sino que hay tres clases de sentimientos, justos, injustos, y humanos; y tres clases de juicios, verdaderos, falsos, y humanos. Nada menos que esto sin embargo. Todo juicio es verdadero ó falso, todo sentimiento es justo ó injusto; y preciso es que los juicios*

ó sentimientos llamados humanos se reduzcan á una ú otra de estas clases (1). Nicole ha reducido la cuestion á sus términos precisos, y despues ha demostrado superiormente las causas porque los hombres se hacen esta ilusion. Cuando se dice que una cosa es humanamente verdadera se aparenta no proponerla sino como una hipótesis; pero las consecuencias se deducen de ella como si fuese verdadera. Significa pues esta espresion: yo siento que la máxima que sostengo es opuesta á la religion; no quiero contradecir á la religion ni abandonar la máxima; no pudiendo hacerlas concordar lógicamente me sirvo de un término que deja intacta la cuestion en abstracto para resolverla de hecho segun mis deseos. El que preguntase si basta que un principio sea humanamente verdadero para tomarlo por regla, pondria pronto de manifiesto que aquella espresion se ha introducido inútilmente. ¿Por qué no se dice nunca: *segun el sistema tolemaico, segun la química antigua*? Porque en estas cosas nadie tiene interés en partir de una hipótesis falsa.

Pero sin presuncion de juzgar á Montesquieu, puede creerse que el uso de esta espresion comun en su tiempo á tantos escritores no procede de un error del entendimiento.

La religion católica era entonces sostenida en Francia con la fuerza. Y como por una ley que durará tanto como el mundo, la fuerza hace nacer la astucia para combatirla (2), aquellos escritores que deseaban abatir la religion sin comprometerse no decian que fuera falsa, sino que procuraban establecer principios incompatibles con ella y soste-

(1) *Danger des entretiens des hommes*. Première partie, chap. v.

(2) El lector comprenderá que la palabra *ley* se usa aquí para espresar no lo que se debe hacer, sino lo que los hombres generalmente hablando (si no están sostenidos por un principio y una fuerza sobrenaturales) hacen con tanta seguridad como si á ello una ley les obligara. Constituyen una espléndida escepcion los primeros cristianos, quienes en sus relaciones con los perseguidores combinaron en admirable grado la sinceridad, la paciencia y la resistencia.

Cuán divina sabiduría en el precepto de huir de las persecuciones! No pudiendo salir de ellas sino con la muerte ó la apostasia, el hombre no debia esponerse á una prueba tan superior á sus fuerzas; pero debia arrostrarlas cuando fuesen inevitables. Segun la prudencia del mundo no podia imaginarse un plan que ofreciese menos esperanza de éxito que el que excluía las ventajas de la fuerza y las de la destreza, las ventajas que dá el transigir, el ganar tiempo y engañar al que quiere oprimir: el plan del cristianismo no dejaba otra elección á sus defensores cuando se hallaban en presencia del enemigo, que la de morir sin hacerle daño. A buen seguro que cualquier sabio segun el mundo habria pronosticado que esta doctrina debia desaparecer infaliblemente y en breve tiempo, á menos que aleccionados con la esperiencia sus partidarios no variasen el modo de propagarla. Lo que si es admirable que esta doctrina se ha establecido y estendido con la fidelidad á estos preceptos.

(1) *Esprit des Lois*. Liv. xxiv, chap. i.

nian que estos principios eran de ella independien-
tes. No atreviéndose á demoler públicamente el edi-
ficio del cristianismo, levantaban á su lado otro edi-
ficio que segun ellos debia hacer imposible que
aquel permaneciese en pié (1).

Pero esta filosofía moral se funda en la razon y
en la conciencia, lleva en sí misma su propia convic-
cion, y despues de haber desarrollado el entendimiento
con la investigacion de sus principios, satisface el co-
razon con el descubrimiento de lo que es verdadera-
mente bello, justo y conveniente.

Sus fundamentos son estables? Produce un con-
vencimiento universal y perpétuo? Establece princi-
pios admitidos de todos los que la profesan? Está
siempre y en todo lugar acorde sobre lo bello, lo
útil y lo conveniente? En este caso puede ser dis-
tinta de la teología; ya no tiene necesidad de ella, ó
por mejor decir será la misma teología.

Pero si cambia segun los tiempos y lugares, no
será una, ni podrá compararse con la moral reli-
giosa que lo es. Será lícito entonces preguntar qué
filosofía moral es esta de que se quiere hablar,
porque es indudable que hay muchas.

Dos cosas hay principales en la moral, el princi-
pio y las reglas de las acciones que son su aplica-
cion: la historia de las opiniones morales presenta
en ambas la variedad mas monstruosa.

En cuanto á las reglas, para convencerse de ello
basta recordar los absurdos sistemas de moral prác-
tica que naciones enteras han admitido. Locke cita
ejemplos en abundancia para probar que no hay re-
glas de moral innatas y grabadas naturalmente en
el alma de los hombres (2); y ha ido á buscar la

(1) Escrito este capítulo he sabido que la misma cues-
tion habia sido recientemente discutida por un respetabilí-
simo apologista de la Religion. (Análisis razonado de los
sistemas y de los fundamentos del ateismo y de la incredu-
lidad. Disertacion VI, cap. II). Sin embargo he creido deber
dejarlo tal como está, pues lo que importa no es tratar cosas
nuevas sino oportunas, y lo son siempre las que se refieren
á un punto posteriormente combatido por otro escritor.

(2) *Ensayo sobre el entendimiento*, lib. I, cap. II. Des-
pues de Locke se quiso deducir una consecuencia mucho
mas lata de estos y otros hechos semejantes, á saber, que no
existe en los hombres el sentimiento de la moralidad. Hel-
vecio citó bastantes para probar que en todos los siglos
y en los diversos países la prohibicion no puede ser mas que
el hábito de las acciones útiles á la propia nacion. Disc. II,
cap. XIII. Algun escritor levantándose con razon y con dig-
nidad contra este sofisma que confunde la idea de la justicia
con su aplicacion, pareció casi reprobar la investigacion mis-
ma de estos hechos. *Philosophie de Kant*, par C. Villers,
pág. 378, y mas espresamente *Mad. de Staël, de l'Alle-
magne*, parte tercera, cap. II. *Qué sistema es este que inspira
á un hombre tan virtuoso como Locke la auides de tales hechos?*
Pero ella misma mostró conocer que esta no era una objecion,
pues añade inmediatamente: *Sean ó no tristes estos hechos,
podrá decirse, lo que importa es saber si son exactos.* Asi es:

mayor parte entre los pueblos rudos y vecinos al
estado salvaje, pero no le hubieran faltado entre las
naciones mas conocidas que mayor fama gozan de
ilustracion y cultura, ¿Hallaban los gentiles en su
corazon y en su mente la verdadera medida de lo
justo y de lo injusto? Aquellos Romanos que oian
con horror que un conciudadano hubiese sido azo-
tado, y á quienes parecia un acto de justicia ordi-
naria que se entregase vivo á las fieras un esclavo
escapado por no poder soportar los tratamientos de
un amo cruel? Para no citar mas ejemplos baste de-
cir que abundan en los historiadores y moralistas
de la antigüedad. Cuál es pues este convencimiento
moral si no nace en todos los hombres? Podrá sin
duda ser tan absoluto que impela un hombre á co-
meter una accion pésima, ó impida que nazca en él
el remordimiento despues de cometida; se estenderá á
naciones enteras, pero será una conviccion falsa. Y
para manifestar su falsedad no será necesario el tes-
timonio de la religion, bastará que cesen algunas
circunstancias, que varíe un interés, que se aban-
done una costumbre.

En cuanto al principio de la moral, las diferencias
no se hallan entre los Mingrelianos, los Peruanos y
los Topinambos: la cuestion existe entre pocos hom-
bres dedicados á su estudio, que para encontrar la
verdad pretenden hacer abstraccion de todo interés, de

lo único que debe buscarse en los hechos es la verdad: el
que teme examinarlos dá una gran prueba de no estar cierto
de sus principios. Pero, continúa la célebre dama: *Pueden
ser verdaderos, pero qué significan?* Significan que no hay
principio de moral práctica innato: verdad no pequeña, ni
vulgar antes de Locke: produciéndola y demostrándola ha
destruido un error y prestado un gran servicio; porque en
moral ningun error es inofensivo.

Esta verdad era la tesis de Locke; pero es preciso con-
fesar que sus razonamientos parece que se prestan á la con-
secuencia de que hemos hablado. No la ha deducido espres-
amente, pero tampoco la ha prevenido: ha demostrado que
los hombres varian prodigiosamente en la aplicacion de la
idea de justicia, pero no ha observado que concuerdan en
el sentimiento general de la existencia de las cosas justas y
de las injustas, de las acciones bellas y de las vergonzosas.
Los que despues de él establecieron esta verdad, no diré que
hayan refutado un grande error de su sistema, pero sí que
llenaron en él un vacío importante.

Pero aproximando á esta última la verdad descubierta
por Locke, resulta una tercera consecuencia, y es la necesi-
dad de la ley divina para tener una regla santa é infalible
de la moral. El sentimiento universal de la moralidad prue-
ba la aptitud del hombre para recibir una regla universal
para aplicarla: el dedo que escribió la ley habia formado el
corazon del hombre con la disposicion para entenderla y
confesarla. Y los monstruosos estravíos de los hombres que
la aplicaron por sí mismos, prueban la necesidad de esta
ley, y que ella es la única; que fuera de ella todo es confu-
sion y tinieblas; que los errores que aquellos cometen esta-
bleciendo otras son tales, que hasta los otros hombres, cie-
gos como ellos, los advierten y condenan cuando han cesado
las causas particulares que habian hecho tomar por verdad
mas bien un error que otro.

toda autoridad y de todo hábito. Concuerdan estos en admitir la existencia de un principio de la moral, una razon de justicia aplicable á todas las relaciones de los hombres; pero cuando llega el caso de indicarlo, uno lo vé en el interés, otro en la idea del deber, otro en la conciencia. Y nótese que estas discusiones no son de aquellas que preparan el camino para un acuerdo, de aquellas en que todas las partes dan algun paso hácia un centro comun. Estas últimas tienen un movimiento progresivo, y en todas las épocas se hallan puntos de contacto que despues forman parte de la ciencia; se conviene en algunas cosas que quedan ya fuera de discusion. Pero aquí por el contrario los diversos sistemas caen y se levantan conservando siempre sus diferencias características; se disputa, repitiendo siempre cada uno sus argumentos como perentorios, á pesar de estar probado que no sirven para destruir los de los adversarios: este es el carácter distintivo de las cuestiones inconciliables (1).

Es pues indudable que la filosofía moral no es ciencia una, que no tiene bases fijas, ni puntos acerca de los cuales la conviccion sea comun. Cuando se le diese la preferencia sobre la moral teológica, faltaria aun elegir entre cien sistemas opuestos é incompatibles en que aquella se divide, ó entre los cuales por mejor decir es combatida.

Hay dos vicios irremediabiles que han destruido y destruirán siempre todos los sistemas de moral humana: falta de belleza, y falta de motivos. Para

(1) De tiempo en tiempo aparecen escritores que ponen en ridículo estas discusiones, lo cual es tanto mas fácil en cuanto participan por una parte de sistemas arbitrarios y por otra de los sentimientos mas íntimos del hombre, que son dos grandes manantiales de ridículo para la mayor parte de los hombres cultos. La misma fraseología de los diferentes sistemas ofrece materiales á los escritores jocosos, que aprovechan sin grande esfuerzo. En todo sistema, á medida que se clasifican mas ideas, es preciso inventar palabras que signifiquen sus relaciones y conjunto. Estos vocablos fuera del uso comun, repetidos á menudo de los filósofos para suplir un período y quizás un tratado, y repetidos de ordinario con importancia, porque representan las ideas cardinales del sistema, si se amontonan aislados en un escrito festivo bastan para hacer reir á millares de lectores.

Nada sirve tanto para hacer reirse á los hombres de una cosa, como el recordarles que para otros es aquella seria é importante, pues cada uno considera como indicio manifiesto de su propia superioridad el divertirse en lo que ocupa y domina el entendimiento de otro. Esto se ve todos los días entre los hombres de cualquiera reunión, donde al saberse que uno tiene particular afición á una idea, los otros se sirven de ella para mofarle, contradiciéndole ó apoyándole, pero siempre de modo que aquella su afición se muestre en grado superlativo: y esta costumbre puede combinarse muy bien con la urbanidad, la cual separada de la caridad religiosa es mas la ley de la guerra que un tratado de paz entre los hombres.

Desde las *Nubes* hasta el *Fausto* los sistemas positivos sobre la parte moral é intelectual del hombre, á su aparicion

que una moral sea perfecta debe reunir estas dos condiciones en grado superlativo: no escluir, sino proponer los sentimientos y las acciones mas bellas, y dar motivos para preferirlas. Ninguno de estos sistemas puede hacerlo, y cada uno de ellos está por decirlo así obligado á elegir, perdiendo de una parte todo lo que gana por otra. Si para evitar la dificultad se acude á un sistema medio, este atenuará los dos defectos, pero los tendrá entrambos. Séame permitido entrar en un exámen mas detenido para poner en claro esta proposicion.

A medida que un sistema de filosofía moral se adapta al sentimiento universal, consagrando algunas máximas que los hombres siempre han elogiado y admirado, la preferencia de las cosas justas á las agradables, el sacrificio de sí mismo, el bien obrado sin esperanza de recompensa ni de gloria; es tanto mas difícil hallar en el entendimiento las bases razonables de esta doctrina. En efecto, si examinamos cual es en una accion bella la cualidad que escita la admiracion, y que hace que la llamemos *bella*, hallaremos no ser otra sino la dificultad (no la dificultad de realizarla que proviene de los obstáculos exteriores, sino la de resolverse): la utilidad, la justicia serán condiciones sin las cuales no seria bella, pero no las que hacen que lo sea. Tan cierto es esto que si mientras se está admirando la resolucion tomada por un hombre en una circunstancia dada, descubre alguno que aquella era en su provecho, y que lo sabia al adoptarla, la admiracion

ó con el tiempo, han caido siempre en manos de escritores cómicos; y el sentimiento por estos escitado ha sido festivo, burlesco ó penoso segun se ha hecho resaltar mas la vanidad de los sistemas particulares, ó la terrible vanidad del entendimiento humano; lo cual ha dependido de la malignidad, la vivacidad ó la profundidad del genio de los diferentes escritores.

Cuando muchos han pronunciado riendo las palabras *técnicas* de un sistema, pocos se atreven ya á emplearlas, y las cuestiones parecen terminadas, pero resucitan casi siempre bajo otros nombres. Existe en el hombre un deseo de conocer su propia naturaleza, de encontrar un tipo con el cual comparar sus sentimientos, para cuya satisfaccion se necesita algo mas que chistes.

Obsérvese aquí de paso que entre los filósofos se disputa mucho menos sobre las reglas de las acciones que sobre el principio general de la moral: sobre aquellas están acordes las mas veces, pero cada uno procura adaptar lo mejor que puede á su principio aquellas reglas prácticas mas comunmente recibidas. Paréceme que esto nace de algunas cosas que ponen mas facilmente de acuerdo sobre el juicio de las acciones, á saber, la educacion y la importante autoridad del consentimiento de los contemporáneos nacido de circunstancias é intereses comunes; en lo cual los filósofos mas que guias son guiados. Además la influencia del cristianismo aumenta y estiende esta ocasion, pues habiendo proscrito ciertas acciones que por una perversion del sentido moral otros pueblos consideraban como escelentes, y preceptuado otras, ha creado sobre muchísimas un juicio estable é independiente de principios arbitrarios.

cesa: aquella resolución se llamará buena, útil, justa, sensata, pero nunca admirable ni bella; se dirá que aquel hombre ha sido afortunado, honrado, previsor; nadie le llamará grande. Vemos una prueba de esto en la envidia, la cual si no puede negar una acción bella, se afana en buscar motivos por los cuales aparezca que el que la ha emprendido veía serle conveniente, esto es, en probar que aquella acción era fácil: las cosas fáciles no causan admiración. Pero ¿por qué será que las más bellas acciones parecen difíciles á la mayor parte de los hombres? sino porque estos no hallan en la razón motivos suficientes para emprenderlas resueltamente, antes bien en el amor de sí mismo encuentran motivos contrarios? De ahí que cuanto más un sistema de moral tendrá por objeto la belleza de las acciones, tanto menos argumentos tendrá para probar que es razonable el abrazarlo y seguirlo.

Pero si un sistema se funda en el mero raciocinio, si no exige del hombre más determinaciones que las que se le puede probar debe adoptar para conseguir su utilidad temporal: descontenta y contraría otra tendencia de todos los hombres, quienes no quieren renunciar al aprecio de lo que es bello sin ser útil de aquel modo, antes precisamente por esto es porque es bello. Yo sé que en la teoría de la moral fundada en el interés se explican todas las acciones más magnánimas é independientes de lo que comúnmente se llama útil; diciendo que los hombres de gran corazón hallan placer en ellas. Pero para que una teoría moral sea completa, no basta que explique cómo algunos puedan haberlas cometido, es necesario que dé razones y estímulos para cometerlas: de otra manera la parte más perfecta de la moral se convierte en una excepción de la regla; es el patrimonio de algunos hombres que se separan del modo común de pensar, es casi una extravagancia del gusto (1). Hay en los hombres un poder que les impele á reprobar todo lo que les parece falso, y como aquellos no pueden reprobar las virtudes desinteresadas quieren un sistema en que entren estas como razonables. Yo creo que cuanto más se observe, más se verá siempre que las morales humanas se agitan entre estos dos extremos procurando

(1) El escritor anónimo de la vida de Helvecio, después de haber hablado de algunos rasgos suyos de beneficencia, refiere que dijo á su ayuda de cámara que los presenciaba: os prohibo contar lo que habeis visto, aun después de mi muerte. Este escritor no recordaría tal circunstancia á no opinar que la voluntad de ocultar los beneficios que se hacen es una disposición virtuosa. Lo es sin duda, pero en el sistema de Helvecio es imposible clasificarla entre las virtudes.

en vano aproximarlos: todos los sistemas tienen una parte de fundamento en la naturaleza humana, esto es, en la razón ó en el sentimiento: la dificultad está en hacerlos coincidir, en encontrar un punto que los reuna en sumo grado.

Este punto es la moral teológica.

CRÓNICA.

Más de seis mil personas se encaminaron el 7 de mayo con un tiempo magnífico á Eichstatt, con el objeto de celebrar allí el jubileo concedido con motivo de la traslación de Santa Walburga. Una procesion tan grandiosa como brillante, cual nunca se vió en Eichstatt, dirigióse por las calles magníficamente colgadas desde la catedral á la iglesia donde reposan los venerandos restos de la santa. Concurrieron á esta procesion, además del obispo diocesano, los arzobispos de Colonia y de Munich, los obispos de Maguncia de Ratisbona, de Friburgo y de Munster, y los delegados de los obispos de Pasau y de Spezia. En el sermón predicado por el arzobispo de Colonia, refirió este prelado los lazos que unen á esta Santa con la diócesis, y exhortó al auditorio con entusiastas y apostólicos términos, á orar por el augusto prisionero del Vaticano. Los fieles todos respondieron entusiasmados á las letanías que el arzobispo recitó desde el púlpito. El arzobispo de Munich ofició de Pontifical. Esperábase aun en la semana que duraron estas fiestas, á los obispos de Bamberg, de Augsburgo, de Wurtzburgo, y á los abades de san Bonifacio de Munich y de Metten.

Continúan en todas las naciones repitiéndose grandes manifestaciones católicas, que parecen aumentar con la aproximación del jubileo pontificio. El 18 de mayo hubo en Bolonia una gran fiesta popular para implorar de la Virgen protección para Pio IX. Cálculase en sesenta mil el número de fieles que asistieron á ella, visitando á la catedral cuarenta procesiones. Al propio tiempo siguen llegando comisiones á Roma. Los católicos austriacos han enviado otra, de la cual forman parte siete párrocos de Viena que han entregado al padre santo un mensaje con ochocientas mil firmas de *La Union Católica*. El consejo superior de LA JUVENTUD CATÓLICA italiana ha publicado una alocucion patrocinada por sesenta obispos, escitando á la formación de comisiones diocesanas, por manera que de cada diócesis de Italia irá una comision á ofrecer al inmortal Pio IX las protestas y los donativos de sus hijos.

Ya se ha votado en Florencia la ley sobre las garantías del sumo pontífice, acerca de la cual pronunció el venerable Pio IX una frase, célebre ya en toda Italia: *¿Quién me garantizará las garantías?* Sobre uno de los artículos hubo alguna ligera divergencia entre el senado y la cámara popular, pero esta aceptó al fin las modificaciones de aquel, y el artículo quedó redactado en estos términos.

«Art. 5.º El soberano pontífice, además de la dotacion establecida en el artículo anterior, seguirá disfrutando de los palacios apostólicos del Vaticano y de Letran con todos los jardines y terrenos anexos, así como de la quinta de Castel-Gandolfo con todas sus dependencias.

Dichos palacios, quinta y anejos, así como los museos, la biblioteca y las colecciones de arte y de arqueología que en ellos existen, son inalienables y están exentos de todo impuesto ó carga y de espropiación por causa de utilidad pública.»

Al día siguiente de la votacion en el senado, se envió la Enciclica de su santidad contra dicha ley á los nuncios apostólicos acreditados en las cortes estranjeras.